

Andrés Torres Queiruga (Creo en Dios Padre) El Dios de Jesús como afirmación plena del hombre

Sal Terrae. Col.: Presencia Teológica, 34. Santander 1997

bibliotecacatolicadigital.org/FICHAS/TRINIDAD/216-2.htm

ATEO/EXPLICITO ATEO/IMPLICITO CREYENTE/EXPLICITO CREYENTE/IMPLICITO:

Un primer paso -que recuerdo vivamente de mis primeras aproximaciones al tema, leyendo al P. de Lubac- fue dado a base de distinguir entre lo explícito y lo implícito: alguien puede considerarse explícitamente ateo y, con todo, ser implícitamente creyente; y viceversa: un creyente explícito puede ser un ateo implícito. ¿Qué significa esto? En definitiva, una idea muy corriente y sencilla: puede haber personas que en su convicción teórica nieguen a Dios, pero que en su vida, en sus actitudes y en su conducta lo estén afirmando. Y al revés: puede haber personas que confiesen a Dios con los labios, pero que lo nieguen con su vida real.

Una idea que, por lo demás, no tiene nada de nuevo: «no todo el que dice "¡Señor, Señor!" entrará en el Reino de los cielos», dice ya el evangelio de Mateo (7,21). Se comprendió muy bien desde el principio que lo decisivo no es la cabeza, sino el corazón. Las ideas están muy condicionadas por el ambiente, la educación, los malentendidos, la presión social... Más que negar a Dios, lo que mucha gente niega es una idea de Dios: dada su concepción teórica del mundo, su experiencia vital o sus encuentros con personas religiosas, piensa que no puede aceptar a Dios, que éste no existe o que sería perjudicial para el hombre. Pero ello no significa que muchas veces, a la hora de vivir, de situarse a fondo ante los demás y de montar decisivamente su existencia, no esté respondiendo a la llamada profunda de su ser y, en ella, a ese Dios que en teoría se ve llevado a negar.

b) El «cristianismo anónimo»

Estas ideas recibieron una importante profundización en la conocida teoría del cristianismo anónimo de Karl Rahner⁴....

Cuanto más se piensa, más convence esto. Sencillamente consiste en darse cuenta de que toda la realidad está traspasada y trabajada por el amor salvador de Dios. Por tanto, quien responda a las profundidades de la realidad está respondiendo a ese amor, aunque no lo sepa él mismo y aunque niegue a Dios en teoría. Porque, en el fondo, lo que entonces niega es un ídolo: niega aquello que le dicen que es Dios o que él piensa que es Dios, pero que no lo es, porque el Dios real y verdadero es aquel que, más hondo que todas las deformaciones y todos los malentendidos, le está llamando desde dentro a una mayor y más auténtica humanidad.

3. También aquí conviene recordar que estas ideas no son nuevas. En realidad, el Evangelio está sembrado de su presencia: «"Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer, o sediento y te dimos de beber..." "Os aseguro que cuanto hicisteis con uno de estos hermanos míos más pequeños, conmigo lo hicisteis"» (Mt/25/37/40). Desde aquí cabe leer todo lo anterior: desde la parábola del samaritano hasta el vaso de agua que se da al más pequeño.

Y sólo quien carezca de sensibilidad para lo más genuinamente humano puede pensar que aceptando esta concepción se deprecia la fe con nombre expreso y el amor con rostro concreto. Es cierto que, una vez lograda, nada hay que pueda sustituir la experiencia del encuentro consciente con el amor personal de Dios. Pero la íntima grandeza de esa experiencia no se hace a base del desprecio o la exclusión de los demás: su gozo auténtico pertenece al saberla también compartida de algún modo por tantos hombres que en el esfuerzo de su vida lo buscan realmente, aunque sea «a tientas» (Hech 17,27). Por eso, también, esa experiencia, persuadida de que para todos es válido que Dios, «en realidad, no está lejos de cada uno de nosotros, puesto que en él vivimos, nos movemos y existimos» (Hech 17,28), no puede menos de anunciarles -no como mera negación de lo que ya tienen, sino como un plus de felicidad- la dicha del nombre y la intimidad del rostro.

c) El cristianismo en el choque entre dos paradigmas

Si no totalmente, por lo menos en muy gran medida el ateísmo moderno es la consecuencia del choque entre dos mundos culturales: el antiguo y el moderno. De suyo, la fe no tendría por qué verse involucrada en tal proceso. Pero ello sería únicamente si la fe viviera «en estado puro», separada de la cultura y de las instituciones del grupo humano que la sustenta. En la realidad, la fe vive siempre inculturada, esto es, vertida en los moldes mentales, en los hábitos psicológicos, en los modos prácticos e institucionales; en una palabra, en la cultura de sus fieles. Cuando se produjo el tránsito a la Modernidad, la fe cristiana estaba inculturada en el mundo mental heredado de la Patrística y de la Escolástica y en el mundo institucional heredado de la época constantiniana. Es decir, estaba justamente fundida con la cultura que ahora se veía cuestionada desde sus mismas raíces. Acudiendo a la terminología elaborada por T.S. Kuhn para explicar las «revoluciones científicas»¹², nos encontramos ante el choque de dos paradigmas, esto es, de dos constelaciones de creencias, valores, usos y técnicas. Cuando eso sucede, hay dos alternativas. La primera: que el viejo paradigma logre asimilar los datos y experiencias nuevas sobre los que se apoya el nuevo paradigma que trata de imponerse; ello significa que se transforma a sí mismo y que, mediante tal transformación, mantiene su validez. Pero se da también la segunda alternativa: que el viejo paradigma se resista al cambio o, sencillamente, que no sea capaz de asimilar los nuevos datos; entonces acaba siendo desplazado por el paradigma emergente, produciéndose así una «revolución científica».

Los teólogos debieron darse cuenta de que, con la modernidad, lo que en principio se cuestionaba no era la fe, sino la cultura en la que la fe estaba involucrada.